

Arde Buenaventura

SIRIRÍ MARIO FERNANDO PRADO



rriente al “Puerto Imposible” —léase Tribu-gá—, lo correcto es no dejar que el bello puerto de mar perezca, luego de que el país entero ha usufructuado y se ha beneficiado de su actividad, jamás correspondida y mucho menos justipreciada.

No exagero al afirmar que la ciudad-puerto está ardiendo, porque estas cifras en cualquier parte pondrían los pelos de punta a las autoridades: según la Gobernación del Valle, los homicidios han aumentado en un 75 %, repito, en un 75 % y, por ejemplo, el robo de vehículos se ha incrementado en más de un 200 %, repito también, en un 200 %.

Al paso que vamos y si esto no se controla, se llegará a escalofrantes cifras cada vez más difíciles de disminuir, porque no habrá autoridad capaz de conjurar tal caos, en el que

mucha culpa la tiene el desbordado crecimiento de los cultivos de coca y su comercialización al exterior por este puerto y mediante el microtráfico, que ha disparado la violencia, las guerras de pandillas, los ajustes de cuentas y las actividades colaterales que no respetan ni los bienes ajenos y mucho menos las vidas humanas.

La administración departamental ha dispuesto diez unidades de refuerzos, 30 miembros de inteligencia y \$60 millones para recompensas, cifras a todas luces insuficientes, porque considerando la magnitud del problema no alcanzarán ni para un balde de agua que pueda apagar este incendio social. Ante esto, insistamos en lo dicho por el ilustre vallecaucano: “no puede haber empresa sana en una comunidad enferma”.

QUÉ PENA TENER QUE TOCAR DE nuevo el tema de la inseguridad en el principal puerto de Colombia y ser repetitivo hasta el cansancio, pero es necesario que los colombianos conozcan la amarga realidad que está padeciendo y que, sin la ayuda nacional, es absolutamente imposible llegar a una solución. Recordemos la frase de Manuel Carvajal Sinisterra: “no puede haber empresa sana en una comunidad enferma”.

Por ello es que, antes de botarle más co-

Crisis climática, no cambio climático

CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO



LAS PALABRAS MOLDEAN LA percepción de la realidad. Un ejemplo son los términos que se han usado para hablar del alza de las temperaturas globales en las últimas décadas. Hasta ahora, han dominado los términos preferidos por la industria de combustibles fósiles. “Cambio climático” y “calentamiento global” suenan graduales y pasivos, como si fueran procesos naturales sin responsables y sin urgencia. Apaciguados por la complacencia que infundía el lenguaje, terminamos desperdiciando los últimos 30 años, que eran vitales para tomar medidas incrementales que previnieran los incendios, la extinción de especies, las inundaciones y demás eventos extremos que ya llegaron.

Es hora de llamar las cosas por su nombre. El primer paso le corresponde a los profesionales de la comunicación, comenzando por medios como *El Espectador* y quienes tenemos una voz en ellos. El ejemplo lo puso hace un par de semanas el diario británico *The Guardian*, que cambió su guía de estilo para abandonar la expresión “cambio climático” y reemplazarla por “crisis climática” o “emergencia climática”. Con ello refleja el consenso científico, recogido en el último informe del panel gubernamental de la ONU sobre calentamiento global, que muestra que tenemos solo diez años para reducir a la mitad las emisiones de carbono si queremos evitar los escenarios más catastróficos. Escenarios que serían inevitables si seguimos quemando combustibles fósiles, comiendo carne y deforestando al ritmo actual, que nos haría pasar de largo la meta de 1,5 grados de calentamiento y nos encaminaría a finales de siglo hacia un planeta tres o cuatro grados más caliente que en los tiempos preindustriales.

En ese planeta, países tropicales como Colombia se harían inhabitables y habría una migración masiva hacia los extremos norte y sur del planeta, como lo recordó Gaia Vince en el mismo *Guardian* y lo retrata sin reato el periodista David Wallace en ese libro imperdible que es *Un planeta inhabitable*.

Es más: cuando los humanos estamos cerca de causar la sexta gran extinción de especies en la historia del planeta —la primera causada por una de ellas—, hay que nombrarla sin eufemismos. El millón de especies que desaparecería en los próximos años por la deforestación, la crisis climática y el consumismo no serían una gaseosa “pérdida de biodiversidad”, como se suele decir. Sería, como la llama *The Guardian*, una extinción catastrófica de “vida de animales y plantas” que afectaría profundamente la posibilidad de la vida humana en la tierra.

Actualizar el lenguaje es una medida necesaria aunque insuficiente para cambiar la realidad. Pero es el primer paso para promover acciones urgentes como las huelgas y las protestas globales sobre la emergencia climática programadas en todo el mundo para el viernes 20 de septiembre, en solidaridad con las huelgas que estudiantes jóvenes vienen haciendo cada viernes para exigir medidas contundentes. Cuando la casa arde, no se está ante un cambio, sino ante una emergencia existencial que hay que atender en consecuencia.

Chócolo



Doble carril

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN



EL VÉRTIGO COLOMBIANO HA AVANZADO en estos días sobre una carretera de doble carril: política y periodismo. Difícil prever las implicaciones a mediano y largo plazo.

Comencemos con la política. La Corte Constitucional corroboró que las objeciones a la JEP se habían hundido en el Congreso, por encima del “teorema Macías”, como llamó graciosamente una tuitera al intento del Centro Democrático de hacer pasar su derrota en el Senado como una victoria. Para no hablar de que ya nadie recuerda, al parecer, que las objeciones habían recibido una aparatosa paliza en la Cámara. Aquí también Macías trató de enredar el resultado, esta vez con una tutela, pero esa iniciativa fullera y extravagante no prosperó. Por otra parte, la Corte Suprema de Justicia ordenó la liberación de *Santrich*. Este aluvión de noticias parece haber sepultado en el más profundo olvido que el flamante pacto por la unidad, o como fuere que lo habían bautizado, nunca arrancó.

Hizo bien el presidente de la República en acatar explícitamente los veredictos de la justicia. Era por supuesto su obligación, aunque

en los tiempos que corren nunca se sabe. Pero el partido de gobierno siguió en lo suyo: estigmatizando cualquier decisión judicial que afecte sus intereses con una retórica incendiaria. Paloma Valencia, por ejemplo, declaró con rostro compungido que el país estaba perdiendo la lucha contra el narcotráfico. El cataclismo. En los términos del mundo al que pertenece: *o tempora, o mores!* Pero por más mohines y visajes que haga, no me queda posible creer en su sinceridad; ese mismo personaje apenas ayer estaba defendiendo con la cara durísima el entusiasta comercio de su partido con *Popeye*, el sicario de Pablo Escobar. Difícil imaginar cómo se pueda ir más allá de eso en términos de simpatía con el narco.

Un oportuno y valioso artículo de *The New York Times* (NYT) sobre ejecuciones extrajudiciales, por otro lado, disparó duros conflictos en la política y en los medios. El Gobierno ha mantenido una política de negación, pero promueve a todo aquel que pueda estar involucrado en estas atrocidades, permitiendo o promoviendo el castigo del que informe o se lamente por lo que ocurrió y ha ocurrido en el pasado inmediato. Ojalá, por lo tanto, éste sólo sea el comienzo de las denuncias. Pero, de nuevo, el Centro Democrático fue más allá, sacando su batería pesada, incluidos insultos contra el NYT por parte de Uribe y Cabal.

Yo ya no sé muy bien si esto es síntoma de la existencia de dos talantes, o más bien de un temerario juego de “policía bueno-policía

malo”. Es innegable que juegos como ese tradicionalmente le han dado muy buen resultado a los uribistas. Solo que ahora la situación es distinta, no sólo por la caída en los sondeos de Duque, lo cual ya sería suficientemente malo, sino del caudillo mismo. El uribismo ya no es una fuerza capaz de arrasar con todo y de decretar el fracaso de una trayectoria política. La intemperancia, la exageración y el aventurerismo del caudillo y sus discípulos, sus contabilidades por partida doble y sus continuas relaciones peligrosas con narcos, paramilitares y violadores de derechos humanos, podrían finalmente estar pasando la cuenta de cobro. O de pronto es simplemente el cansancio y el aburrimiento de una población que demanda el derecho de oír otra tonada. Independientemente de que su trasfondo sea “qué horror” o “qué jartera”, el fenómeno marca un cambio de fondo.

El costo, altísimo, de estos lances fue la reputada columna de Daniel Coronell. Un colaborador de *El Tiempo* puso a la suya este título: “Gracias, Coronell”. Me sumo a la moción. Deploro la decisión de *Semana*, una casa periodística poblada por gente de primera, humana y profesionalmente. Coronell había propuesto una conversación razonable, de hecho afectuosa, sobre medios y defensa de los derechos humanos; la cortaron de raíz. Ahí está la gravedad de todo el asunto.